

PAGANINI... continuación

A partir de esos momentos se tornó taciturna, fatalista. Se dió cuenta de que su amor iba a quedar muy pronto en una soledad insalvable. Y entonces, con una desesperación que apenas, se dispuso a defender lo que quería sin escatimar sus fuerzas. Una noche, no pudo contenerse más, y en la intimidad del cuarto le dijo a Nicolás:

— Toda Liorna habla de tus amores con la condesa. Yo sé que eso es cierto y no puedo hacer nada por evitarlo. Pero querría pedirte un favor. ¡No me dejes, Nicolás!

El músico, conmovido la estrechó más fuertemente entre sus brazos. Sintió entonces que las lágrimas de Yolanda corrían por su cuello. La acarició con pena y compasión, como se acaricia a un animalito.

— Yo sé que vas a casarte con ella. Me doy cuenta. Todas las mujeres nos damos cuenta de esas cosas.

— ¡Pero cómo se te ocurre decir semejante cosa! — replicó, tratando de disimular por medio del ex-abrupto, Nicolás.

— Sí, estoy segura. No puedes engañarme. Pero aunque te cases no me abandones. Yo te seguiré queriendo lo mismo.

Paganini negó sin convicción, no porque pensara casarse justamente, sino porque ya había resuelto abandonar a Yolanda. Y llegado el momento, temiendo sus reproches y sus lágrimas, temiendo no tener fuerzas para irse si la veía suplicante y desesperada, cierto día se alejó sin despedirse.

Abandonó Liorna súbitamente. Algunos días más tarde también la condesa Camila Faccioli se marchaba de la ciudad en busca de algún clima más propicio para su salud. La pareja se reunió en Londres, cerca de la frontera italo-suiza.

A partir de entonces la vida de Yolanda fué un lamento obstinado, un morirse poco a poco,

sin fuerzas para sobrellevar su soledad. Se negó terminantemente a volver a casa de sus padres porque quiso continuar viviendo en el mismo cuarto que habitara con Nicolás. No permitió que nada cambiara, cuidando todo aquello con devoción casi enfermiza. Siguió trabajando en la tienda y con su sueldo se las ingeniaba para vivir. De tanto en cuanto recibía la visita del maestro Ciocca, quien, aparte del consuelo espiritual, le proporcionaba algún dinero.

A la miseria agregábase una depresión moral intensa. Muchas noches, Yolanda, que carecía del aliciente necesario para enfrentar las exigencias de la lucha por la vida, se iba a dormir sin haber probado bocado. Así transcurrió el tiempo.

EL GRAN CONCIERTO

En tanto, Paganini, proseguía su carrera triunfal. Sus giras constituían verdaderos acontecimientos artísticos. Los públicos parecían hechizados por su violín y las personalidades más destacadas de su época se rendían ante su talento. No faltaban entre ellas príncipes ni reyes. Demás está decir que la condesa Camila Faccioli corrió la suerte de tantas otras mujeres. En la vida disipada del violinista las mujeres duraban muy poco; eran caprichos pasajeros, modalidades, matices, lujos que podía permitirse no el hombre, sino el artista. Esto no se le escapaba a Nicolás, quien, en más de una ocasión se lamentaba de este modo:

— Dicen que se enamoran de mí, pero yo sé que es de mi música.

En ese loco sucederse de años, triunfos y pasiones, llegó el día en que tuvo que dar un concierto en Liorna. El celebrado artista venía de paso. Tal vez ni siquiera recordó que una mujer había quedado abandonada

cinco años atrás, en esa ciudad. La noche del concierto, Ciocca llegó al cuarto de Yolanda.

— He venido a buscarte — le dijo — Estoy seguro de que querrás ir a verlo.

Los ojos de ella brillaron de alegría.

— ¡Lo he deseado tanto!..... ¡He soñado tanto con esta noche!..... Tal vez no se acuerde de mí, pero yo sería feliz si pudiera verlo desde, el rincón más oscuro del teatro.

— Por eso he venido.

— No maestro, gracias. No puede ser.

— No te aflijas por el dinero. Mira, aquí tengo las localidades — dijo, tratando de aparentar alegría, Ciocca, mientras agitaba dos billetes rosados.

— Carezco de ropa y estoy muy débil.

— Te he comprado este vestido, Yolanda. Te ha de quedar hermosísimo.

Conmovida, la joven corrió a abrazar al maestro.

— Nunca creí que volvería a ser feliz. Qué fácil es ser feliz cuando se ha sufrido mucho...

Yolanda y Ciocca estaban en el "hall" del teatro cuando, entre medio de los aplausos y los elogios de un público entusiasmado, pasó Nicolás Paganini. La joven tuvo que hacer un esfuerzo para no correr tras él y echarse en su brazos. Ciocca la vio temblar. Poco tiempo más tarde ocupaban un palco alejado del escenario. Sin saber que Yolanda lo estaba escuchando, Paganini brindó esa noche el más extraordinario de sus conciertos. Al terminar la primera parte, el público, entusiasmado quería llegar al escenario para testimoniar personalmente la admiración que lo dominaba.

Yolanda, con lágrimas en los ojos, contemplaba el triunfo del hombre que amaba, como si fuera el suyo propio. Pero no pudo resistir tantas emociones. Un ataque de tos, le obligó a Ciocca a llevársela del teatro. En un

coche pudo transportarla, hasta la casa de pensión. La anemia había entrado en su crisis final.

¿POR QUE NO ME ESCRIBISTE?

Acostada en su lecho, la pobre muchacha sonreía como en otras épocas.

— Sé que voy a morir, maestro; pero quiero que sea esta noche. Es la más feliz de mi vida porque lo he vuelto a ver.

— Calla, si pronto estarás bien. — No necesita engañarme. He resistido cinco años todo esto sólo por volver a verlo.

La debilidad la venció y quedó como adormecida Ciocca, a su lado, no se movía. De pronto oyó que Yolanda entebriaba los labios y murmuraba.

— ¿Por qué no vienes a verme, Nicolás? ¿Por qué no vienes?

Como si en ese momento el destino se hubiera apiadado de tanto sufrimiento, la puerta del cuarto se abrió y apareció Paganini. Al encontrarse ante ese cuadro. En la mirada del maestro Ciocca pudo leer el reproche que no alcanzaba a disimular su silencio. Volviendo de su letargo, Yolanda abrió los ojos: el brillo de la fiebre no alcanzaba a apagar la dulzura que podía advertirse en ellos. Al ver frente a sí a Paganini, pretendió incorporarse exclamando: — ¡Tú aquí! Entonces Dios me ha oído.

Pero el esfuerzo la obligó a volver a reclinarse.

— Yo aquí, sí Yolanda. No sabía que estuvieras enferma, ¿por qué no me escribiste?

— Pensé que no te acordarías de mí.

Hubo un momento de silencio. El dolor de Nicolás contrastaba con la infantil alegría de la joven. Sin poder contener las palabras, Paganini murmuró:

— ¡Perdóname! ¡Perdóname!

— No te pongas triste ahora que yo estoy alegre respondió ella — Dame un beso.

El se inclinó y la besó. Para que no lo vieran llorar Ciocca abandonó la habitación sin decir palabra.

— Soy muy feliz. Y te he querido mucho — musitó Yolanda con sus últimas fuerzas.



...se que vas a casar con ella. Me doy cuenta. Todas las mujeres nos damos cuenta de esas cosas.

—¡Pero cómo se te ocurre decir semejante cosa! — replicó, tratando de disimular por medio del ex-abrupto, Nicolás.

—Sí, estoy segura. No puedes engañarme. Pero aunque te cases no me abandones. Yo te seguiré queriendo lo mismo.

Paganini negó sin convicción, no porque pensara casarse justa mente, sino porque ya había resuelto abandonar a Yolanda. Y llegado el momento, temiendo sus reproches y sus lágrimas, temiendo no tener fuerzas para irse si la veía suplicante y desesperada, cierto día se alejó sin despedirse.

Abandonó Liorna súbitamente. Algunos días más tarde también la condesa Camila Faccioli se marchaba de la ciudad en busca de algún clima más propicio para su salud. La pareja se reunió en Londres, cerca de la frontera italo-suiza.

A partir de entonces la vida de Yolanda fué un lamento obstinado, un morirse poco a poco,

En tanto, Paganini, proseguía su carrera triunfal. Sus jiras constituían verdaderos acontecimientos artísticos. Los públicos parecían hechizados por su violín y las personalidades más destacadas de su época se rendían ante su talento. No faltaban entre ellas príncipes ni reyes. Demás está decir que la condesa Camila Faccioli corrió la suerte de tantas otras mujeres. En la vida disipada del violinista las mujeres duraban muy poco; eran caprichos pasajeros, modalidades, matices, lujos que podía permitirse no el hombre, sino el artista. Esto no se le escapaba a Nicolás, quien, en más de una ocasión se lamentaba de este modo:

—Dicen que se enamoran de mí, pero yo sé que es de mi música.

En ese loco suceder de años, triunfos y pasiones, llegó el día en que tuvo que dar un concierto en Liorna. El celebrado artista venía de paso. Tal vez ni siquiera recordó que una mujer había quedado abandonada

Yolanda. Le ha de quedar nervosísimo.

Conmovida, la joven corrió a abrazar al maestro.

—Nunca creí que volvería a ser feliz. Qué fácil es ser feliz cuando se ha sufrido mucho...

Yolanda y Ciocca estaban en el "hall" del teatro cuando, entre medio de los aplausos y los elogios de un público entusiasmado, pasó Nicolás Paganini. La joven tuvo que hacer un esfuerzo para no correr tras él y echarse en su brazos Ciocca la vió temblar. Poco tiempo más tarde ocupaban un palco alejado del escenario. Sin saber que Yolanda lo estaba escuchando, Paganini brindó esa noche el más extraordinario de sus conciertos. Al terminar la primera parte, el público, entusiasmado quería llegar al escenario para testimoniar personalmente la admiración que lo dominaba.

Yolanda, con lágrimas en los ojos, contemplaba el triunfo del hombre que amaba, como si fuera el suyo propio. Pero no pudo resistir tantas emociones. Un ataque de tos, le obligó a Ciocca a llevársela del teatro. En un

...nes: como si en ese momento el destino se hubiera apiadado de tanto sufrimiento, la puerta del cuarto se abrió y apareció Paganini. Al encontrarse ante ese cuadro. En la mirada del maestro Ciocca pudo leer el reproche que no alcanzaba a disimular su silencio. Volviendo de su letargo, Yolanda abrió los ojos: el brillo de la fiebre no alcanzaba a apagar la dulzura que podía advertirse en ellos. Al ver frente a sí a Paganini, pretendió incorporarse exclamando: —¡Tú aquí! Entonces Dios me ha oído.

Pero el esfuerzo la obligó a volver a reclinarse.

—Yo aquí, sí Yolanda. No sabía que estuvieras enferma, ¿por qué no me escribiste?

—Pensé que no te acordarías de mí.

Hubo un momento de silencio. El dolor de Nicolás contrastaba con la infantil alegría de la joven. Sin poder contener las palabras, Paganini murmuró:

—¡Perdóname! ¡Perdóname!

—No te pongas triste ahora que yo estoy alegre respondió ella — Dame un beso.

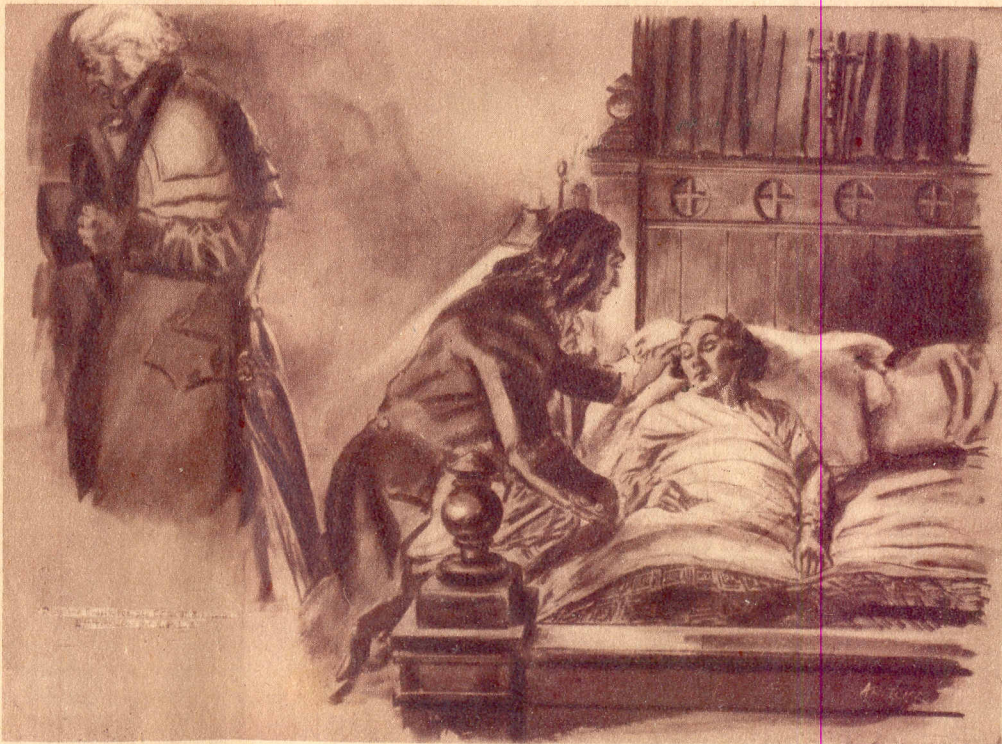
El se inclinó y la besó. Para que no lo vieran llorar Ciocca abandonó la habitación sin decir palabra.

—Soy muy feliz. Y te he querido mucho — musitó Yolanda con sus últimas fuerzas. Y en seguida cerró los ojos para siempre. Una sonrisa suave, pura, inocente, descendió hasta ella.

Durante largo rato, Nicolás Paganini derramó lágrimas de arrepentimiento sobre el cuerpo sin vida de Yolanda Giordani.

AÑOS DESPUES

Luego de esto, transcurrió mucho tiempo. La fama, el triunfo y el dinero, se le ofrecieron a Paganini; en cierto modo la gloria también. Mil aventuras amorosas llenaron su vida. Y hasta había tenido un hijo el joven Aquiles, que en esos momentos estaba a su lado. Pero en el instante definitivo, cuando iba a cesar su tumultuosa vida, no pudo dejar de evocar a Yolanda, como si ante la inminencia de la muerte sólo perduraran la inocencia y la pureza de aquella muchacha simple como un pájaro.



RESUMEN DEL NUMERO ANTERIOR: Nicolás Paganini abandonó a sus padres y siguiendo los impulsos de su vocación de violinista llegó a la ciudad de Liorna. Conoció allí a una joven de origen humilde, Yolanda Giordani, de la que se enamoró. La pareja llevó por entonces una vida azarosa; a menudo faltaba el dinero para pagar el alquiler de la casa de pensión, pues Nicolás vivía una existencia disipada. A tal punto que, engeguado por la pasión del juego, en una oportunidad, luego de haber perdido lo ganado en un concierto, apostó su mujer a una carta y la perdió a manos de un fullero.

El tahir se levantó de su sitio y repitiendo las palabras:

—*¡Esta mujer es mía!..... ¡Esta mujer es mía* — así a Yolanda por una de los brazos. La joven, aterrorizada, no atinaba a defenderse mientras que Paganini, con la cabeza oculta entre las manos, respetaba la ley de juego sin sospechar que en la partida había sido nuevamente víctima de las malas artes de sus adversarios.

BATALLA CAMPAL

Y, seguramente, su contrincante se habría llevado a Yolanda si no hubiera ocurrido algo imprevisto. En efecto, cuando nadie lo esperaba, dos fornidos mocetones le salieron al paso al fullero.

—*¡Deje inmediatamente a esa mujer!* —gritó uno de ellos mientras el otro se la arrebató de los brazos. Claro está que en aquella cueva de ladrones nadie se iba a oponer impunemente a los deseos del que parecía el jefe. Ante la actitud de los desconocidos la greca fué inevitable y algunos minutos más tarde se había generalizado. Paganini reaccionó y pese a su débil contextura física púsose de parte de los salvadores de Yolanda.

Los gritos de las mujeres, los ruidos de los objetos al estrellarse contra las paredes y los quejumbrosos ayes de los heridos, terminaron de dar a aquella pelea aires de batalla campal.

—*¡Vamos pronto! ¡Pronto!* —decía uno de los hombres mientras alejaba a Yolanda en dirección de la calle.

—*¡Miguel! ¡Qué suerte haberte encontrado!* —musitaba ella siguiendo al hombre. Paganini,

para ayudár a levantarse al músico—. *No les hagan caso, Nic. Mis hermanos han sido siempre unos brutos, pero en esta ocasión debemos agradecerles que nos hayan salvado.*

Así terminó la dolorosa incidencia del garito. Paganini y Yolanda continuaron habitando el humilde cuarto en la pensión de los suburbios de Liorna. Días después el joven violinista dió un nuevo concierto. El triunfo rotundo. A partir de entonces las más altas personalidades de la ciudad comenzaron a disputarse la amistad de Nicolás. Sobre todo una aristócrata, la condesa Camila Faccioli, lo hacía el principal atractivo de su salón y le dispensaba un cordialísimo trato personal. Bien pronto las relaciones amorosas de Paganini y la condesa fueron la comidilla de los liorneses. El rumor no dejó de llegar a oídos de la pobre Yolanda, quien entre lágrimas comenzaba a notar las ausencias cada vez más reiteradas de su compañero.

—*Nicolás, ayer no has venido* —solía decirle apenada.

—*Compromisos ineludibles, querida. No veo por qué ha de afligirte eso.*

—*Sí, claro, compromisos. Eres famoso.....*

SIEMPRE LAS LAGRIMAS

Mientras tanto, los lazos sentimentales, si es que así pueden llamarse, entre Nicolás y la condesa se iban estrechando. Hay un momento en que los hombres envanecidos por el halago se sienten centro del mundo. Y en ese momento la ceguera que padecen es total. Sin el brillo de las luces y las sedas, humilde



partida había sido nuevamente víctima de las malas artes de sus adversarios.

BATALLA CAMPAL

Y, seguramente, su contrincante se habría llevado a Yolanda si no hubiera ocurrido algo imprevisto. En efecto, cuando nadie lo esperaba, dos fornidos mocetones le salieron al paso al fullero.

—*Deje inmediatamente a esa mujer!* —gritó uno de ellos mientras el otro se la arrebató de los brazos. Claro está que en aquella cueva de ladrones nadie se iba a oponer impunemente a los deseos del que parecía el jefe. Ante la actitud de los desconocidos la gresca fué inevitable y algunos minutos más tarde se había generalizado. Paganini reaccionó y pese a su débil contextura física púsose de parte de los salvadores de Yolanda.

Los gritos de las mujeres, los ruidos de los objetos al estrellarse contra las paredes y los quejumbrosos ayes de los heridos, terminaron de dar a aquella pelea aires de batalla campal.

—*Vamos pronto! ¡Pronto!* —decía uno de los hombres mientras alejaba a Yolanda en dirección de la calle.

—*¡Miguel! ¡Qué suerte haberte encontrado!* —musitaba ella siguiendo al hombre. Paganini, al ver que Yolanda se marchaba corrió tras ella y al escuchar el tono cariñoso con que su mujer le hablaba al desconocido, inquirió:

—*¿Quiere explicarme usted quién es para entremeterse de este modo en nuestras cosas?*

—*Calla, Nicolás.*

—*No lo defiendas, porque en ese caso voy a pensar que este hombre y tú.....*

No pudo seguir hablando. Un violento golpe lo derribó. El salvador de Yolanda, a quien se le había ya reunido el otro desconocido, le dijo:

—*Esto es para que aprenda a hacer respetar a la mujer que tiene a su lado.*

—*¡Miguel! Deja a Nicolás. ¿No sabes que él es lo que yo más quiero en el mundo?* —exclamó Yolanda, arrodillándose

después de los labios de Elena. Después el joven violinista dió un nuevo concierto. El triunfo rotundó. A partir de entonces las más altas personalidades de la ciudad comenzaron a disputarse la amistad de Nicolás. Sobre todo una aristócrata, la condesa Camila Faccioli, lo hacía el principal atractivo de su salón y le dispensaba un cordialísimo trato personal. Bien pronto las relaciones amorosas de Paganini y la condesa fueron la comidilla de los liorneses. El rumor no dejó de llegar a oídos de la pobre Yolanda, quien entre lágrimas comenzó a notar las ausencias cada vez más reiteradas de su compañero.

—*Nicolás, ayer no has venido* —solía decirle apenada.

—*Compromisos ineludibles, querida. No veo por qué ha de afligirte eso.*

—*Si, claro, compromisos. Eres famoso.....*

SIEMPRE LAS LAGRIMAS

Mientras tanto, los lazos sentimentales, si es que así pueden llamarse, entre Nicolás y la condesa se iban estrechando. Hay un momento en que los hombres envanecidos por el halago se sienten centro del mundo. Y en ese momento la ceguera que padecen es total. Sin el brillo de las luces y las sedas, humilde en su amor, Yolanda pasaba inadvirtida para el admirado violinista. Además, ¿no le había dado ya su más precioso tesoro? ¿No le había dado ya la inocencia, las ilusiones, la fe de sus dieciocho años sin mácula? El segador había recogido sus frutos y, creyendo cumplida su tarea, se disponía a marcharse. En dos o tres ocasiones, con distintos pretextos, él quiso hacerle comprender a Yolanda la necesidad de una separación. Pero ella no entendía de palabras. Nicolás podía o no tener razón en sus argumentos, poco importaba. Yolanda, sin ser capaz de replicarle porque no sabía, se aferraba desesperadamente al cuello de su amado y, sollozando e implorando de una manera desgarradora, postergaba una separación que sabía inevitable.

(Continúa en la Página 10)

